

Juan Pablo Cardenal

# LA TELARAÑA

La trama exterior  
del *procés*

Se ha escrito mucho sobre el *procés*, pero hay un apartado fundamental de este, como son las relaciones exteriores, que todavía está por salir a la luz. *La telaraña* es el primer libro que aborda la trama exterior del separatismo catalán. En él se describe cómo el independentismo ha construido su lobby político, académico y mediático en el extranjero, y cómo ese grupo ha moldeado la opinión pública e impactado las coberturas periodísticas internacionales. Además de un completo «mapeo» de personas e instituciones internacionales, sus conexiones y una descripción del uso del dinero público y del tipo de actividades realizadas, a lo largo de la obra se desautorizan uno a uno muchos de los argumentos y las verdades universales del independentismo. Un libro riguroso y trufado con puntuales experiencias personales.

Juan Pablo Cardenal es periodista y escritor. Fue diez años corresponsal en Asia, siguió sobre el terreno la internacionalización de China en 40 países y es coautor de tres libros sobre esa temática, traducidos a once idiomas. Es también autor de dos libros de alta cocina. Sus artículos se han publicado en los principales periódicos españoles, así como en algunas cabeceras internacionales.

A mi padre, *in memoriam*.  
A la resistencia

## Prólogo

«Presidente —dije dirigiéndome a Mariano Rajoy—. En el tema catalán, hay que reconocer que nuestra diplomacia ha hecho un magnífico trabajo cerrando el paso a cualquier posible tentación de algún Estado miembro de la UE o de otros países de secundar públicamente su causa, ya fuera ofreciendo una mediación, presionando en favor de una negociación bilateral, apoyando la convocatoria de un referéndum o insinuando un posible reconocimiento tras una declaración unilateral de independencia». Mientras formulaba esta tesis, observaba a Rajoy asentir. Pero la segunda parte tenía trampa. «Sin embargo —añadí— tendrá que reconocer que la batalla de la opinión pública internacional y de los medios de comunicación la hemos perdido por completo».

Esperaba que Rajoy, como es habitual en los políticos, echara balones fuera, dijera que se había hecho mucho pero que no se había contado, que era un tema complicado para un gobierno, y me preparaba mentalmente para una réplica al tipo de argumentos con los que imaginaba que el presidente iba a defender la gestión del gobierno que encabezaba y, sobre todo, el trabajo de Carmen Martínez Castro, allí también presente, al frente de la Secretaría de Estado de Comunicación.

Pero, para mi sorpresa, Rajoy, que parecía relajado tras una comida que había sido tan cordial como franca, despachó el tema con un sorprendente «no te digo yo que no» que nos dejó a todos, incluida a Carmen Martínez Castro,

perplejos. El presidente no solo se negaba a defender la gestión comunicativa de su gobierno, sino que asumía con total candidez la muy extendida crítica de que éste había sido incapaz de contar al mundo lo que pasaba en Cataluña y menos aún de hacer frente al relato que los independentistas con tanta eficacia habían diseminado y que en tan difícil posición nos había dejado ante la comunidad internacional.

La escena tenía lugar en febrero de 2018 en la cuarta planta de la sede de *El País*, en la Calle Miguel Yuste 40, con motivo de la reunión semanal del Consejo Editorial del Grupo PRISA, que entonces presidía Juan Luis Cebrián y en el que yo, como jefe de opinión del periódico, hacía las veces de secretario, ayudando a organizar a los invitados y los temas que se discutían. Como es sabido, en *El País*, bajo la dirección de Antonio Caño y con el apoyo de sus directores adjuntos, David Alandete y José Manuel Calvo, nos habíamos batido el cobre editorial contra el independentismo catalán, que sin ninguna duda equiparamos como un asalto a la democracia y a la Constitución de 1978 equivalente al golpe de Estado de 1981.

En aquel entonces, *El País* había estado con la Constitución; en los días aciagos que discurrieron entre el 6 y el 7 de septiembre, cuando el Parlamento catalán aprobó las leyes de referéndum y de transitoriedad jurídica, y el 27 de octubre de 2017, cuando el Senado aprobó la aplicación del artículo 155 de la Constitución para disolver el Parlamento catalán y llamar a elecciones, *El País* también lo estuvo de forma clara e inequívoca. Ese trabajo no sólo incluyó el plano editorial, de información y de opinión, sino también el relanzamiento de la web en inglés del periódico para poder difundir internacionalmente aquellas informaciones, editoriales y artículos de opinión que ayudaran a que fuera de España se comprendiera mejor la verdadera naturaleza de lo que estaba ocurriendo, y que a nuestro modo de ver tan poco coincidía con la imagen que muchos se ha-

bían formado. Recuerdo, en concreto, una pieza larga, ideada y firmada al alimón con Xavier Vidal-Folch, donde desgranábamos y desmontábamos los diez mitos y falsedades más recurrentes del independentismo, cuya traducción al inglés tuvo una increíble aceptación y difusión, corroborando la sospecha de que había una demanda fuera de España de información veraz sobre el secesionismo. También recuerdo, cómo olvidarlo, el impagable trabajo de Elena Alfaro, editora del blog *Voices from Spain*, donde de forma altruista una serie de traductores hicieron versiones en inglés, francés, alemán e italiano de los artículos más incisivos publicados en la prensa española sobre el *procés*.

Una planta más abajo de donde se reunía el Consejo Editorial, en mi despacho en el periódico, es donde había conocido a Juan Pablo Cardenal. Había oído hablar de él, pero sobre todo había seguido su trabajo acerca de China en mi anterior puesto como director de la oficina en Madrid del European Council on Foreign Relations. Juan Pablo había seguido y perseguido por todo el mundo, con esa tenacidad que hace grande y bueno al buen periodismo, la «imparable y silenciosa conquista China» y escrito tres importantes libros sobre ese tema, además de un buen número de artículos en *El País*. Sin embargo, cuando nos conocimos en 2017 no hablamos tanto de China como de Cataluña, objeto de preocupación común, coincidiendo no sólo en la desastrosa cobertura que del tema hacían tanto los corresponsales como los medios extranjeros sino, sobre todo, en la incomparecencia internacional de la democracia española para contar su historia al mundo.

En la apertura de la tribuna que nos envió y que publicamos el 28 de septiembre de 2017 está el mejor prólogo que se puede escribir sobre el libro que Juan Pablo nos presenta ahora. «Uno de los aspectos más insólitos de la actual crisis política en Cataluña —comenzaba el artículo— es la renuncia del bloque constitucionalista a desmontar las mentiras del independentismo». Y continuaba: «Es urgente

que más allá de la resistencia numantina de unos pocos periodistas, intelectuales o políticos, sea el Estado quien lidere en Cataluña una estrategia para desmontar las falacias sobre las que se asienta el discurso independentista. Es inaudito —concluía— que a estas alturas los medios de comunicación públicos del Estado sigan sin contrarrestarlo». «Porque de lo contrario —advertía— nuestra derrota está servida».

Todo ello quizá ayude a comprender algo paradójico: que este nuevo libro de Juan Pablo Cardenal no es tanto un libro desgajado de su trayectoria periodística, algo que bien podría deducirse de la desviación temática evidente en el paso de ser un experto en China a bajar al barro catalán para fajarse contra el independentismo, sino que bien puede entenderse como la continuación de su trilogía sobre un tema común; las silenciosas e imparables conquistas que ocurren por debajo del radar de los que, como los demócratas españoles, están distraídos en sus cosas, no piensan a largo plazo y carecen de visión estratégica. Sí, los líderes chinos han construido una superpotencia de forma tan subrepticia como el independentismo catalán ha construido una nación. Y se han aprovechado igualmente de la pasividad y del exceso de confianza de los demás de tal manera que, para cuando han querido reaccionar, ya era demasiado tarde.

Cuando, un año más tarde, nos volvimos a ver y Juan Pablo me comentó que quería escribir este libro, lo que más me sedujo de su planteamiento era que alguien, por fin, pusiera en la estantería de la literatura sobre el *procés* un texto imprescindible pero que nadie había tenido la perseverancia de hacer. Todos recordamos la llamada «trama civil» del 23F; ahora tendríamos un libro sobre «la trama internacional» del *procés*.

El resultado, ante ustedes, es una obra que saca a luz con todo lujo de datos y detalles, en un ejercicio de riguroso periodismo de investigación planteado desde un com-

promiso personal también visible en el texto, en qué ha consistido exactamente el trabajo de presentación de la causa independentista que los secesionistas han articulado y, en paralelo, el de zapa y demolición de la imagen de España. Y lo hace como el buen periodismo anglosajón: amarrando los hechos con datos y documentos, pero también con decenas de entrevistas, todas ellas sumamente interesantes, con los principales protagonistas de esta historia. Este libro habla de uno de los momentos claves de nuestra democracia y, por tanto, de nuestras vidas. Llevo mucho tiempo queriéndolo leer: espero que les impacte tanto como a mí.

J. I. T.



## INTRODUCCIÓN

### La rebelión de los ricos

Para ser un catalán que se ha pasado media vida vaticinando que la deriva nacionalista en Cataluña acabaría como el rosario de la aurora, viví las semanas de furia de septiembre y octubre de 2017 con una inusitada mezcla de ansiedad y desánimo. Fueron días de nervios a flor de piel, de redes sociales en ebullición, de desesperadas lecturas de noticias en el móvil temiéndome lo peor. Causaba desazón la euforia que proyectaba el mundo independentista. Pero más inquietante era el cortocircuito que se intuía en el gobierno que estaba llamado a defender lo que nos querían arrebatarnos.

Las noches no eran mejores. Me despertaba sobresaltado de madrugada e irrumpían automáticamente en mi mente los peores presagios. De ahí a entrar en bucle había un paso: preocupación por los acontecimientos inminentes, por el futuro que se avecinaba, por el riesgo de que todo se desmadrara y acabase en tragedia. Tampoco encontraba consuelo entre los afines: el pesimismo dominaba las conversaciones y, al menor atisbo de equidistancia, el rifirrafe estaba asegurado. El nerviosismo era fruto de esa situación nueva que vivíamos. Algo fuera de mi alcance, pero que estaba destinado a cambiar mi vida. Un cambio a peor.

Los tres primeros días de octubre fueron una pesadilla. Una revolución como las que hasta entonces sólo veíamos por televisión en lugares lejanos estaba a punto de desatar-

se en la España del siglo XXI. La actuación policial en los colegios electorales lo eclipsó todo. Los líderes independentistas siguieron el guion de agitación y propaganda previsto. La prensa internacional priorizó los porrazos, renunciando casi siempre a abrir el foco para explicar la cuestión de fondo. Y muchas personalidades se unieron al griterío. Pero lo que sumió a los constitucionalistas en el desánimo fue la sensación de que el gobierno de España estaba completamente noqueado. Yo mismo estaba en estado de *shock*. Y no era el único.

Con melodía de la película *Black Hawk derribado*, el editorial del día 2 de Dieter Brandau en su programa radiofónico en EsRadio tuvo también un tono fúnebre. Siempre tan combativo en la defensa de España, ese día se detectaba un pesimismo inusual en su cruda y dolorosa crónica sobre lo vivido en Barcelona la jornada anterior. Le hice llegar un mensaje. Me respondió al día siguiente a través de Mario Noya, periodista de la casa y amigo común: «El diablo, envuelto en una estelada, me susurró al oído: “No eres lo suficientemente fuerte para resistir la tormenta”. Hoy, después de escuchar al rey, le respondí: “Yo soy la tormenta”. Dile a tu amigo que mañana comienza la reconquista».

Ciertamente, el discurso del rey fue un alivio. Luz en medio de las tinieblas. Días después volé a Barcelona para asistir a la primera manifestación convocada por Sociedad Civil Catalana en favor de la unidad de España. Al ver una bandera española en la maleta, mi hijo pequeño preguntó: «Papá, ¿vas a ir al fútbol?», quizá porque habíamos asistido un mes antes a la emocionante victoria de España sobre Italia en el Bernabéu. Ante su insistencia por saber por qué acudía a una manifestación, le dije lo que me salió del alma: «Para que no nos roben lo que somos y lo que siempre hemos sido». Seguramente no lo entendió, pero ése era el sentimiento. La sensación de que todo estaba en peligro.

Llegué a la manifestación con angustia, por si éramos cuatro gatos. Al principio el ambiente no era festivo, sino

de preocupación verdadera. Pero esa percepción se disipó en cuanto quedó claro que «la Cataluña silenciada» colapsaba la ciudad desde la Diagonal hasta la estación de Francia. A medida que se visualizaba la magnitud de la protesta, ésta derivó en catarsis colectiva. Lo nunca visto en Barcelona: un millón de personas agitando banderas españolas y catalanas, gritos de «¡Libertad, libertad!», vivas a la Guardia Civil en los bares a la hora del aperitivo. Fue inolvidable, una liberación, la apoteosis total. La manifestación que lo cambió todo incluía además un mensaje contundente: vamos a defendernos.

No lo supe entonces, pero en esas semanas empezó a fraguarse este libro. La cobertura periodística de la crisis política en Cataluña por una parte considerable de la prensa extranjera me tenía totalmente estupefacto. Había un poco de todo: desde crónicas superficiales aunque atrevidas, a otras repletas de equívocos y clichés negativos sobre España, pasando por las que se alineaban sin disimulo con el independentismo. No podía entender que estuvieran dándonos un golpe de Estado en nuestras narices y que la prensa extranjera comprara el relato anglosajón del *underdog*, el de la desvalida Cataluña atropellada por la poderosa España, como si la próspera Cataluña fuese poco menos que Darfur. ¡Menudos frívolos!

Tiempo después, en la primavera de 2018, los editores de Project Syndicate me animaron a proponer un tema sobre el tratamiento informativo de la crisis catalana en la prensa internacional. Ello me llevó a analizar en profundidad, y con una metodología lo más objetiva que fui capaz de articular, noventa y dos artículos publicados entre junio y diciembre de 2017 en el *New York Times*. El análisis de la cobertura no deja en buen lugar al rotativo neoyorquino ni a su corresponsal en España. Son evidentes sus inexactitudes, estereotipos y tratamiento arbitrario. Pero, peor incluso que lo que dice, es lo que omite. Que otros medios lo

hicieran bien demuestra que el *New York Times* eligió hacerlo mal.

La idea del libro empezó a consolidarse entonces, porque si el periódico que teóricamente marca la pauta en el periodismo mundial hacía un diagnóstico tan tendencioso, qué no estarían publicando los demás. Decidí saltar al ruedo al poco de asistir a una conferencia sobre China en Dakar. Allí coincidí con una eurodiputada portuguesa con quien he mantenido relación desde 2009 y de quien tengo una excelente opinión. Desayunando mano a mano, deslizó una primera perla: «Que mi amigo Romeva esté en la cárcel es una vergüenza. He pedido ir a verle y [las autoridades españolas] no me han contestado, ¿cómo puede pasar esto en un país democrático?».

Ante mi incredulidad, por dos veces apuntó hacia la virtud que debía exonerar a Romeva de toda responsabilidad: «¡Es una persona de izquierdas!». Al profundizar sobre el asunto, acusó al Partido Popular de tumbar el Estatuto de Cataluña de 2006, ante lo cual le aclaré que no fue el PP, sino el Tribunal Constitucional, y que éste sólo declaró inconstitucionales un puñado de entre un centenar largo de preceptos impugnados. Su respuesta fue impropia de alguien del nivel intelectual que se le presupone: «¡Son jueces fascistas!». Estuvo pletórica: metió en la coctelera el Valle de los Caídos, habló de negociar una solución política y aseguró que con dinero se arreglaría todo. Alegatos de lo más atrevido para alguien que —era obvio— tocaba de oído. Un caso claro de intoxicación.

Ya entonces sospechaba que ese relato tan comprensivo con el independentismo que calaba en la opinión pública internacional no era exactamente espontáneo. Pero no fue hasta bien entrada la investigación que constaté que los esfuerzos de la Generalitat de Cataluña por difundir una versión contaminada de los hechos y promover su cruzada política ilegal en el extranjero fueron planificados, coordinados e implementados a conciencia. Mucho del respaldo

que recibió la causa catalana, tanto en el extranjero como en Cataluña, fue fruto de ese esfuerzo colectivo impulsado por la Generalitat. Un esfuerzo que se visibilizó con el arranque oficial del *procés*, en otoño de 2012, pero cuyo caldo de cultivo se gestó durante las décadas anteriores.

Para entender cómo el nacionalismo catalán derivó en independentismo y éste, con el órdago separatista, se convirtió en enemigo del Estado, apunten el concepto que da título a este libro: *La telaraña*. Una tupida red de instituciones públicas, de entidades sociales, de empresas privadas y de individuos, todos ellos conectados de un modo u otro entre sí, que impulsaron en sus ámbitos la independencia de Cataluña en cuanto la situación política alcanzó el punto de ebullición preciso. Al respecto, es importante entender varias cosas. La primera, que la telaraña ya existía. Es decir, todo ese ingente universo de entidades se fueron creando a lo largo de varias décadas; alguna de ellas, como Ómnium Cultural, incluso tan atrás como en la década de 1960 y en pleno franquismo, mal que les pese a los nacionalistas.

No obstante, la mayoría de ellas brotaron al calor de la Administración autonómica catalana, bien como instituciones u organismos públicos o semipúblicos, o gracias a las subvenciones directas y a los contratos concedidos por la Generalitat, lo que ha permitido a ésta tener un control directo o indirecto —según los casos— de todo ese mundo. Ello nos lleva a la segunda idea. Esta red, que por supuesto incluye a los medios de comunicación subvencionados por el régimen, al mundo educativo y universitario, a los doscientos mil funcionarios autonómicos en nómina y a no menos de cien mil proveedores de la red clientelar, entre otros muchos jugadores, existe fundamentalmente gracias al dinero público<sup>[1]</sup>. Es un dinero recaudado también a la media Cataluña que no comulga, pero que administra y gestiona el nacionalismo para sometimiento de los no nacionalistas. La cosa es tan draconiana como que media Cataluña está

siendo tiranizada gracias a los diezmos que le son incautados y que sirven para financiar la causa de la otra media.

La tercera derivada, en conexión con lo anterior, es que cada una de las entidades afines de la red, creadas más o menos artificialmente con fondos públicos, están dirigidas por personas de contrastado pedigrí nacionalista o que se hicieron soberanistas por el camino. Auténticos monjesguerreros dotados de fe y recursos. Forman entre todos un submundo endogámico dominado por el clientelismo y con apariencia de sociedad civil. Un club exclusivo que exige un alto precio a los *outsiders* que quieran acceder a él: la renuncia a su propia identidad lingüística, política o cultural.

La cuarta idea es que todo esto no surge por generación espontánea, sino que se planeó a conciencia y se ejecutó meticulosamente. Tiene nombre, el Programa 2000 —una máquina de catalanización por la fuerza—, e ideólogo, Jordi Pujol —el gran responsable intelectual de la rebelión institucional en la que estamos—.<sup>[\*]</sup> Un plan para meter mano y dominar hasta el último rincón de la sociedad catalana. O lo que es lo mismo, un proyecto de ingeniería social en toda regla. Dicho sea de paso, que en pleno siglo XXI los catalanes nos hayamos dejado robar la cartera de esta manera por esas élites extractivas debería hacernos reflexionar. Y debería también avergonzarnos.

Y la quinta reflexión. La telaraña tejida durante todo este tiempo no tenía como propósito inicial y prioritario impulsar la independencia, sino que era una forma de llevárselo crudo, dominar la sociedad y construir la Cataluña nacionalista que Pujol tenía en mente. Suponía la perpetuación de la estratificación a la catalana, una suerte de feudalismo del siglo XXI: la aristocracia política, la clerecía funcionarial y el vulgo español. La red estuvo políticamente durmiente hasta que la Generalitat tocó a rebato. Fue en 2012, el año del *procés*. Y entonces el apoyo incondicional de la telaraña cayó como fruta madura. Una red de instituciones,

entidades e individuos, tan colosal que no cabe en este libro, se puso en marcha.

El *procés* activó la telaraña. Y para ello no se escatimaron recursos financieros ni humanos. Según el Informe 1.319 del Tribunal de Cuentas, la Generalitat gastó en acción exterior al menos 417 millones de euros entre 2011 y 2017, una parte de los cuales se destinaron en exclusiva a impulsar en el extranjero la secesión de Cataluña<sup>[2]</sup>. ¿Qué parte? Cuantificar la cifra exacta invertida en el *procés* es imposible por la dificultad de discriminar la naturaleza de cada una de las actividades, así como los perfiles y los roles ejercidos por los distintos jugadores. Pero, además, las instituciones catalanas se encargaron de dinamitar el escrutinio, pues facilitaron al Tribunal para su fiscalización documentación incompleta y fragmentada, pese a la evidencia de que la tenían perfectamente centralizada y ordenada<sup>[\*]</sup>.

Por ello, aunque hay que tomar los datos que arroja el informe como un recuento de mínimos, el Tribunal llega a la indiscutible conclusión de que las instituciones encargadas de la acción exterior de la Generalitat tuvieron como finalidad primordial y recurrente «dar a conocer, impulsar, fomentar, promocionar, publicitar y tratar de conseguir respaldo internacional del llamado *procés*». El dineral procedente de los contribuyentes sirvió, por tanto, para poner en marcha una fabulosa maquinaria de *lobby* y *agitprop* en el exterior capitaneada por el Ejecutivo catalán a través del Departamento de Acción Exterior, de las delegaciones en doce países y del Diplocat, un consorcio público-privado que se nutre casi en su totalidad de fondos públicos.

Más discretamente, pero en la misma órbita y con el mismo fin, actuaron el Instituto Ramon Llull o la Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo, mientras que muchas otras entidades catalanas de distinto pelaje y condición, todas ellas beneficiarias del presupuesto público, no dudaron en ponerse en primer tiempo de saludo<sup>[\*]</sup>. El obje-